charme que haga traición al tipo ideal con que durante tanto tiempo he soñado.

No puedes imaginarte todas las reflexiones que he hecho desde que salí de la reunión de la señora de Themines, tratando de no dejarme arrastrar por lo monstruoso y lo absurdo.

Sin embargo, no sé lo que hacer.

Adiós, amigo mío, voy á casa de la señora atrevida y alegre de quien te he hablado. Creo que no nos ocuparemos mucho de reflexiones respecto á los demás, y que haremos algo que positivamente no se relacione con el espiritualismo, por más que la criatura sea fuertemente espiritual.

Encierro cuidadosamente en el fondo de mi pecho el patrón de mi querida ideal para no confundirle con el de la real que pretendo tener.

Estas son resoluciones muy sabias como comprenderás, pero que no sé si podré sostenerlas.

Adiós todavía una vez. Hasta otra.

III

Ya soy el amante de Rosita, nombre puramente convencional que quiero darle para no pronunciar el verdadero, que como debes comprender no te he de decir.

Después de todo, este nombre tiene su razón de ser, porque con un traje de color de rosa, la ví la primera vez.

Además, tuve también una perrita que se llamaba así.

He dicho que ya soy el amante de Rosita y esto

parece que ya me da un estado, una posición en el mundo.

Ya no tengo el aire de un colegial que anda buscando una fortuna entre sus abuelos y que no se atreve á dedicar un madrigal á una mujer, á menos que no sea centenaria.

Comprendo que desde mi instalación, por decirlo así, se me considera mucho más y que todas las mujeres me hablan con cierta celosa coquetería, haciendo grandes esfuerzos para llamar mi atención.

Los hombres, por el contrario, me tratan con cierta frialdad, en las pocas palabras que cruzamos hay algo de hostil como si viesen en mí un rival temible que para el porvenir les pudiera perjudicar.

He sabido que muchos de ellos me habían criticado así por el cuidado que guardaba respecto á mi persona, como por mi gusto y mi riqueza en el vestir, diciendo si era afeminado, si era tonto, ó si estaba demasiado pagado de mi persona.

Pero todas esas banalidades no me han perjudicado en lo más mínimo, pues las mujeres encuentran que mis cabellos son muy hermosos, que mis trajes son del mejor gusto y todas se parecen dispuestas á indemnizarme con creces del gasto que hago por ellas, pues no son tan tontas que no supongan que es por agradarlas por lo que hago todo eso.

La señora en cuya casa conocí á Rosita, se mostró algo contrariada por mi elección, pues esperaba

que ésta hubiese recaído en ella, pero finalmente distraída con otro objeto nuevo, ya se ha acostumbrado á no pensar en mí.

Te he dicho que era el amante de Rosita y tú, que en tanto tienes la precisión en estos asuntos querrás saber punto por punto la historia de mis amores con esta bella Bradamanta y por qué gradaciones sucesivas he pasado de lo general á lo particular y del estado de simple espectador al de actor ó lo que es lo mismo como he llegado á ser amante.

Satisfaré tu deseo con el mayor placer.

No hay nada de siniestro en nuestra novela; es de color de rosa y no se han derramado otras lágrimas que las del placer.

No vayas á imaginarte por esto, que he ganado la plaza al primer asalto.

La princesa, aún cuando muy complaciente, no es tan pródiga de sus favores como pudiera creerse.

Conoce demasiado el precio para no hacer que lo paguen; pero sabe igualmente que un prudente retardo presta mayor vivacidad al deseo, y él encontró que una semiresistencia aumenta el placer, para entregarse de repente, por grande que sea el afecto que se le haya inspirado.

Para que puedas apreciar mejor el suceso tomaré mi relación un poco lejos.

Ya te indiqué dónde y cómo tuvo lugar nuestra primera entrevista. Otras dos ó tres se verificaron en el mismo sitio y después ella misma me invitó para que fuese á su casa lo que, como debes comprender, no rehusé.

Al principio fuí con bastante discreción; después con más frecuencia, más adelante con mayor todavía y finalmente cuantas veces tenía deseo de visitarla debo confesarte que llegó á recibirme tres ó cuatro veces al día.

Después de algunas horas de ausencia me acogía siempre como si hubiese llegado de las Indias, y esto me obligaba á demostrar mi reconocimiento del modo que se demuestran en estos asuntos y ella correspondía á su vez.

Rosita, puesto que hemos convenido en llamarla así, es mujer de gran inteligencia y que comprende al hombre de una manera admirable.

Aún cuando haya retardado algún tiempo la terminación del capítulo puedo asegurarte que ni una sola vez me he incomodado con ella. Y esto es verdaderamente maravilloso porque tú sabes como me incomodo, cuando no tengo inmediatamente lo que deseo ó que una mujer pase más tiempo del que yo la he fijado en mi pensamiento para rendirse.

Yo no sé como lo ha hecho pero desde la primera entrevista me dejó comprender que sería mía, y yo estaba más seguro que si hubiese tenido la promesa escrita y firmada de su mano. Tal vez se diga que el atrevimiento y la ligereza de sus modales podían dejar el campo libre á la temeridad de las esperanzas; pero yo creo que no es esa la verdadera causa. He visto algunas mujeres cuya prodigiosa libertad excluía hasta la sombra de una duda y sin embargo no me han producido ese efecto. Yo que en general refiriéndome á otras mujeres me he puesto de

un humor de todos los diablos cuando he visto que me dilataban lo que yo creía tener algún derecho para esperar, con Rosita no he sentido nada de eso. Aún en los momentos que ella se me resistía más no se me ocurrió la idea de que quisiera escapar á mi amor.

La he dejado desplegar tranquilamente todas sus pequeñas coqueterías y he sobrellevado con paciencia las dilaciones bastante largas que ha ido dando á mi impaciencia.

Hace dos meses que la conozco y puedo asegurarte que en todo ese tiempo no he tenido otro disgusto que el de los momentos que no he pasado junto á ella; y debes comprender por esto, que únicamente una mujer que reuna ciertas condiciones puede producir un efecto semejante Rosita tiene el mejor caracter del mundo, se entiende con los hombres porque con las mujeres es satírica y mordaz como un diablo. Es alegre, viva, dispuesta para todo, sumamente original en su manera de hablar y siempre tiene que decir alguna de esas encantadoras ocurrencias que sorprenden por lo mismo que no se esperan.

Es un delicioso compañero, un buen amigo con el cual parece que hasta llega uno á olvidarse de que es una querida y si tuviera algunos años más y algún romanticismo ruinoso esto me sería indiferente y hasta me consideraría mucho más afortunado que hoy.

A los ojos de todo el mundo tengo una querida que muchos desean y me envidian y que nadie desdeñaría.

Y sin embargo, á mí no me parece que tengo una querida, y si alguno me preguntase de repente si la tenía, me parece que le respondería que no.

No te vayas á imaginar por esto que no la amo ó que no este satisfecho de ella. Por el contrario, la quiero mucho y la encuentro como todo el mundo una mujer verdaderamente deliciosa.

Y sin embargo yo no creo que la tengo y debo advertirte que ninguna mujer me ha dado tanto placer como ella y si yo he comprendido la voluptuosidad ha sido en sus brazos.

Uno solo de sus besos, la más casta de sus caricias me produce extraordinarios extremecimientos y hace refluir toda mi sangre al corazón.

Vé tú á compaginar todo esto.

Pero el corazón del hombre está lleno de semejantes absurdos y si hubieran de conciliarse todas las contradicciones que en él se encierran, sería interminable tarea.

¿De que procede esto? No lo sé, la veo todo el día y toda la noche si quiero, la prodigo toda clase de caricias, la llevo al campo ó la paseo por la ciudad según me conviene, realizo con ella cuantos caprichos por absurdos y por extraños que sean y se me ocurren, y sin embargo aún cuando me entrego á todos los ardores de la pasión, cuando entre los brazos de esa mujer me entrego por decirlo así entre mares de voluptuosidad y de placer, cuando nuestros lábios parecen estar unidos por un beso sin fin y rendido y palpitante dejo caer mi abrazada frente sobre el seno tibio y perfumado de aquella mujer hu-

medecido todavía por mis besos, puedo decirte que siento en mi mismo un vacío, un algo inexplicable que me abruma y me desespera.

Por más que la cosa sea muy singular, es así.

Parece que depende de mí hasta cierto punto tener una querida, pero yo teniendola no acierto á obligarme á creer que la tengo.

No tengo en mí la fe necesaria ni aún para una cosa tan evidente; me es imposible creer en un acto tan sencillo como á cualquier otro creer en el misterio de la Santísima Trinidad.

La fe no se adquiere, es un don purísimo, una gracia especial del cielo.

Nadie como yo ha deseado vivir la vida de los otros y asimilarse otra naturaleza, pero tampoco nadie como yo ha obtenido menos éxito.

Sobre todo, y por más raro que esto sea, cuando he vivido con una mujer es precisamente cuando mejor he sentido como mi naturaleza rechazaba invenciblemente toda alianza y toda unión.

Soy como una gota de aceite en un vaso de agua. Puede agitarse todo cuanto se quiera pero jamás el aceite podrá confundirse con ella, se dividira en mil pequeños globulos que volveran á reunirse y subiran á la superficie tan luego deje de agitarse el vaso.

Esta gota de aceite y este vaso de agua constituyen mi historia.

La misma voluptuosidad, esa cadena de diamantes que une á todos los seres, ese fuego devorador que funde las rocas y los metales del alma convir-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
29662

tiéndolos en lágrimas, como el fuego material funde el hierro y el granito, jamás ha podido dominarme ni enternecerme.

Y sin embargo yo tengo las sensaciones vehementes, para mi alma es para mi cuerpo una hermana enemiga, y la desdichada pareja vive en mi en un estado de guerra pérpetuo.

Los brazos de una mujer, que según dicen son el mejor lazo que hay en la tierra, son para mí lazos tan débiles que nunca he estado más lejos de mi querida que cuando ella me estrecha contra su corazón. Yo me ahogo y nada más.

¡Cuantas veces me he incomodado conmigo mismo y cuantos esfuerzos he hecho para no ser así!

Con Rosita he resuelto una vez por todas probar si me puedo curar de esta insaciabilidad tan mortificante y si puedo conseguir interesarme en la existencia de otro, para creer.

He llevado las experiencias hasta el agotamiento y no he conseguido disipar mis dudas.

Con ella es tan vivo el placer, que el alma se encuentra con frecuencia sino bondadosamente impresionada por lo menos distraida, lo que favorece un poco la exactitud de las observaciones.

Poco después de todo he tenido que reconocer que esto no pasaba de la piel y que yo no tenía más que un goce de epidermis; del cual el alma no participaba sino por curiosidad.

He tenido placer porque soy joven y ardiente. pero este placer procede de mí y no de otro. La causa está en mí más que en Rosita.

Rosita, que felizmente ignora todo esto, me cree el hombre más enamorado del mundo, toma este impotente furor por un furor de pasión y se presta bondadosamente á todos los capricos experimentales que me pasan por la cabeza.

He hecho cuanto he podido para convencerme de su posesión y he tratado de descender hasta su corazón, pero me he detenido siempre en el primer peldaño de la escalera; en su piel ó en su boca. Apesar de la intimidad de nuestras relaciones corporales, se muy bien que no hay nada de común entre nosotros.

Jamás una idea semejante á las mías ha cruzado por esa cabeza joven y sonriente; jamás ese corazón lleno de vida y de fuego, que al palpitar agita un pecho tan fino y tan puro ha latido al unísono con el mío.

Yo no he pedido nunca á las mujeres si no una cosa sola. La belleza. En cuanto al talento y al alma, prescindo.

Para mí, una mujer que es hermosa tiene siempre talento. El talento de ser bella, y no se que haya nada que valga más.

Prefiero una boca preciosa á la frase más discreta y unos hombros bien modelados á una virtud siquiera sea teologal. Daría cincuenta almas por un pie diminuto y toda la poesía y todos los poetas por la mano de Juana de Tsagon ó la frente de la Virgen de Joligero.

Es verdad que yo no pido más que la belleza, pero la quiero tan perfecta que probablemente no la encontraré jamás.

He visto muchas mujeres de admirables proporciones medianamente acompañadas por cierto y las he amado por lo que tenían, haciendo, abstración de lo que carecían. Pero es un trabajo muy penoso y una dolorosa operación la de suprimir así la mitad de una mujer y de hacer la amputación mental de lo que tenga de defectuoso y vulgar circunscribiendo la mirada á lo bueno nada más.

La belleza es la harmonía y una mujer delgada por igual es con frecuencia menos desagradable de mirar que otra desigualmente bella.

Nada me causa más disgusto que una obra preciosa sin concluir ó una belleza á la cual le falta algo para ser completa. La mancha de aceite se advierte menos en un objeto grosero que sobre un rico brocado.

Rosita no es fea, pasa y con justicia por hermosa, pero está muy lejos de realizar lo que yo sueño.

Es una estatua que tiene detalles encantadores, pero en cambio, hay otros que no están tan perfectamente cinceladas.

Para los ojos vulgares, la estatua está divinamente modelada; pero un observador delicado descubre pronto los sitios en que el trabajo no ha tenido la misma paciencia que en los demás.

El amor es quien únicamente puede pulir ese mármol y terminarlo, y tengo la seguridad de que no seré yo quien emprenda esa tarea.

Porque yo no circunscribo la belleza á ésta ó la otra pureza de líneas.

El aire, el gesto, el movimiento, el color, el timbre de voz, todo lo que constituye la vida, entra para mí en la composición de la belleza.

Mas, á pesar de todo esto que digo, de todas estas reflexiones que hago, reflexiones que lo mismo me asaltan estando lejos que cerca de Rosita, todavía disfrutamos de algunos momentos agradables; pero es preciso que hayan sido preparados, por decirlo así, por alguna circunstancia exterior, que contribuya á prestar algo de idealismo á la prosa que cada instante se ofrece á mis observaciones.

Rosita, que todavía está enamorada, hace todo cuanto puede por mantener el fuego sagrado, que amenaza extinguirse; así como yo, á mi vez, hago también sobrehumanos esfuerzos para vencer esta especie de somnolencia que se va apoderando de mí.

Mi hermosa compañera, que conserva ciertos recuerdos gratos de una excursión que hicimos una tarde por el campo, se ha empeñado en llevarme á una deliciosa posesión, retiro campestre lleno de encanto y de poesía.

Permítame que te describa lo más brevemente posible este lugar, que, como te he indicado, es realmente delicioso.

Los alrededores no pueden ser más pintorescos, y contribuyen poderosamente para dar mayor atractivo al conjunto.

Por una carretera á cuyos lados se elevan árboles centenarios, se llega á una plazoleta en forma de estrella, en cuyo centro se alza un obelisco

de piedra, y cuyo remate lo forma una bola de cobre.

Cinco caminos, que arrancan del obelisco, constituyen lo que padríamos llamar las puntas de la estrella.

El terreno va accidentándose un poco, y la carretera llega hasta un pequeño valle, por cuyo fondo se desliza un riachuelo que se cruza por un puente de un solo arco.

Salvado éste, elévase el terreno y allí se encuentra la aldea, destacándose, á regular altura, el campanario entre los tejados de las casas y las redondas copas de los manzanos.

El horizonte, limitado por los dos lados, no es muy extenso, pero sí alegre y tranquilo.

Un molino y una fábrica hay al lado del puente, y un poco más lejos, los ladridos de los perros te harán comprender que allí está la casa del guardabosque.

Desde aquí, da comienzo una alameda, cuyos árboles frutales atraen nubes de pájaros, y como el tránsito es escaso por esta parte, apenas queda espacio de arena, pues la mayoría está cubierta por un césped fino y corto.

A la terminación de esta alameda, se encuentra una gran verja de hierro, recien pintada y dorada. Desde esta verja arranca el camino que conduce al castillo, y que no se puede ver porque está escondido entre grupos de árboles, como un nido de pájaros, y además porque á cada momento se distrae uno, para visitar un manantial, una fuente, un kios-

co elegante, ó para disfrutar de algún delicioso punto de vista.

El riachuelo, que desde lo alto se va deslizando por entre las desigualdades del terreno, forma, por efecto de éstas, multitud de pequeñas cascadas que tan bien suelen ocultarse á la vista, entre los grupos de árboles ó arbustos que las rodean.

Pero toda esta parte del parque, no es, por decirlo así, más que la antecámara de la otra parte.

Una carretera que pasa por en medio de esta sta propiedad, la divide en dos; inconveniente e se ha subsanado de un modo muy ingenioso: uno y otro lado, se levantan dos grandes muros troneras, imitando una fortaleza arruinada, y la parte del castillo álzase una torre, de la cual odas las mañanas se deja caer un puente levadizo, ue se apoya sobre el muro opuesto.

Por una bella arcada ojival se entra ya al interior de la posesión; en este segundo recinto, los árboles, de una ancianidad extraordinaria, entrelazados por espesos grupos de enredaderas con los distintos matices de sus hojas, hacen de este lugar lo más pitoresco que te puedes imaginar,

El riachuelo se ensancha por esta parte, formando un pequeño lago, y como es poco profundo. permite distinguir, bajo la transparencia del agua, las plantas acuáticas que tapizan en el fondo.

El castillo esté al otro lado, y una pequeña canoa atada de verde y rojo, evita el hacer un largo rodeo para ir á buscar el puente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El castillo es un conjunto de edificios construidos en diferentes épocas.

Un pabellón, está construído con ladrillos rojos y los ángulos de piedra; otro, es todo moderno y de estilo italiano. Un cuerpo de edificio es de un orden rústico, mientras que otro ofrece caracteres más delicados.

Las ventanas, todas son diferentes, y no se corresponden una con otra.

La capilla es gótica, y algunas partes del edificio general tienen, como las casas chinas, los techos perfectamente pintados de diferentes colores, rematando hasta ellos los jazmineros, las espochinas y otras plantas trepadoras, que penetran dentro de las habitaciones, y parece como que nos tienden la mano para darnos los buenos días.

A pesar de esta falta de regularidad, ó quizás por efecto de esto mismo, el aspecto del edificio es encantador.

Esta residencia, que yo no conocía porque está á más de un centenar de kilometros de París, me ha gustado tanto, que no he podido menos de agradecer á Rosita la bella idea que ha tenido de escoger para nuestros amores un nido tan delicioso.

No te describiré la vida que llevamos aquí, porque ya te la puedes imaginar. Grandes paseos por los bosques, entre el aroma de las violetas y de las fresas; besos de amor entre el murmullo de las cascadas, el canto de los pájaros y la fragancia de las flores; lecturas á la sombra de los árboles; excursiones acuáticas por el lago, en fin, la vida más apacible que se pueda imaginar.

Rosita me colma de caricias y es un modelo de previsión. Más graciosa que una paloma, no se separa de mí; procurando que no tenga otra atmósfera que su aliento, ni otro horizonte que sus ojos.

Parece que me tiene bloqueado, sin dejar que salga ni entre nadie sin su permiso; ha construído un pequeño cuerpo de guardia junto á mi corazón, y allí permanece de centinela noche y día.

Me dice cosas muy encantadoras; me dedica los madrigales más galantes, se sienta á mis pies y se conduce en todo como una humilde esclava delante de su señor y dueño.

No hace nada sin consultarme, y parece haber hecho abstención completa de su fantasía y de su voluntad, procurando siempre adivinar mi deseo y anticiparse á él.

¿Cómo diablo puedo yo abandonar una mujer tan adorable, sin ser el más miserable de los hombres?

¡Cuánto daría yo por cogerla en alguna falta! ¡Con cuánta impaciencia espero una ocasión para disputar! Pero, no tengas cuidado, que la muy pícara no me la proporcionará jamás.

Cuando, para provocar un altercado, le hablo bruscamente y con un acento duro, ella me contesta de un modo tan dulce, con una voz tan argentina, humedecidos los ojos y con un aire tan triste y tan amoroso, que no puedo menos de decirme que soy un tigre, y tengo que pedirle perdón.

Rosita ha comprendido perfectamente, sin duda, que por muy bella que sea esta soledad en que nos encontramos, podría llegar un momento en que nos aburriera, y ha dirigido algunas invitaciones á sus conocimientos de la sociedad, y nos estamos ocupando en hacer los preparativos para recibir á estos dignos provincianos y provincianas.—Adios, querido amigo.

IV

Me he engañado otra vez.

Había creído que Rosa representaba conmigo un papel interesado, y mi mal corazón, incapaz de amar, se daba semejante razón para librarse del peso de un reconocimiento que no quería soportar.

Con gran alegría acogí esta idea, para escusarme á mí mismo, y, con gran pesar mío, no tengo más remedio que confesar que había pensado mal, y que no existe nada más falso que lo que yo había pensado.